

COMPAÑERO DE PISO

Se agotaba subiendo la escalera del piso. Y no era capaz de distinguir los sabores: no distinguía los yogures de arándano, los buenos, de esos naturales de marca blanca tan malos. Y la tos. Y la fiebre...

Finalmente se rindió a la evidencia. Y yo, aunque somos compañeros de piso desde hace un par de semanas, le acompañé al hospital. Y eso que no me siento nada cómodo en los hospitales. Ya sé que no soy el único -¡seguro que a ti te pasa también!-, pero en mi caso, lo paso realmente mal.

Aun así, no podía negarme porque esos quince días de convivencia fueron muy intensos. Mucha vida social: fiestas, quedar con amigos, salidas nocturnas... Ahí estrechamos lazos rápidamente. ¡Ahí sí que me siento yo también a gusto y en mi salsa!

En fin, llegamos. Pruebas. Positivo. Tratamiento... Agravamiento... UCI.

- Él: Pero..., ¡si soy joven! ¿Por qué a mí?

- La enfermera: Ya lo ves. A veces ocurre. Es más, dada tu situación vamos a entubarte. Así que no queda otro remedio que sedarte. Cuando despiertes estarás mejor.

- Él: Y... ¿despertaré?

¿Lo hará? El médico le mira, toma su pluma, firma el papel que le ofrece la enfermera... Y se marcha sin contestar.

Vaya. Quien se iba a imaginar que llegaríamos a esta situación. Hace unos días, él y yo, de marcha hasta las tantas. Y ahora, él y yo, metidos en este hospital.

En fin, he de reconocerte una cosa: no me alegro de su situación... Pero tampoco me entristece. No sé. No nos conocemos tanto, y tampoco está en mi forma de ser. Reconozco que no soy nada empático con la debilidad ajena. Aunque, y esto es así, prefiero compañeros de piso que soporten mejor la enfermedad. Que no se quejen. Que no se les note. Yo, de hecho, ya estoy buscando nuevo compañero de piso. Si tienes un hueco, no dudes en avisarme.

¡Perdón! Tanto hablar y no me he presentado: me llamo SARS-CoV-2.

Pero mejor llámame COVID. A secas.

Nadal